humain,—porque es una suerte que el patrón del hotel nos haya convidado á comer con su gente. Son tres reales lo que nos quedan, y me dan deseos de gastar gran parte de ellos en un regalo para Desidería. ¿No has visto en la tienda en que hemos estado preciosos pensamientos fijos en un alfiler? Yo creo que habían de gustarle mucho. Y hasta, si te parece, puedes comprar uno para meterlo en la carta de la señora Langlois.

—Vamos allá—le dije;—tú elegirás lo que mejor te parezca.

Volvimos á la tienda, y los compramos. Nos costaron dos reales á cada uno. Al terminar la compra daban las doce en la iglesia. Muy deprisa nos dirigimos al *Racimo de Uvas:* cuando llegamos ya estaba puesta la mesa y percibimos un excelente olor, tanto más apetitoso cuanto que estábamos con el estómago en los talones.

VII

Cuando llegamos salían los viajeros del comedor, y en la cocina estaba puesto el servicio en la misma mesa en que Desideria limpiaba las cacerolas por la mañana. Hasta me figuro que nos esperaban, pues en seguida cada cual se instaló, las mujeres á un lado, los hombres al otro, excepto nosotros dos, que teníamos nuestro sitio uno á cada lado de Desideria. De repente sonó la campana: aquello significaba que podíamos empezar sin perder tiempo.

En los fogones, un pinche vestido de blanco como el patrón que vimos por la mañana hacía un almuerzo de encargo para unos viajeros que comían en su cuarto, y una tras otra

las doncellas retrasadas fueron llegando, muy atildadas, con el cabello separado por una raya en medio de la frente; pero con las manos tan encarnadas como nosotros, sin duda, por el penoso trabajo diario.

Desideria Robine era la más bonita; cosa que me agradó por Belhumain, que no dejaba de mirarla.

—¡Vamos; siéntense ustedes aquí, y á comer!—nos dijo.

El encargado de la bodega sacó dos enormes jarras llenas de sidra dorada, cuya espuma se desbordaba.

—¡Diantre!—exclamó Belhumain.—¡He ahí una sidra de la que no se bebe á diario!

—¡Después de probarla no hay quien beba vino!—añadió el encargado.

Y Desideria replicó:

—Lo uno no quito lo otro: ¡ya veremos á los postres!

Para empezar, puso en nuestros platos dos hermosas lonchas de vaca fría cocidas con perejil, y nos cortó dos rebanadas de pan envidiables.

El pinche se volvía de tiempo en tiempo para vernos comer, después de haber preparado una fuente que una de las doncellas subía á los viajeros luego de secarse los labios con el delantal de cocina, que dejaba marcando su sitio.

Viendo á Belhumain con la boca llena, con el cuchillo en una mano y el pan en la otra y mirando al techo con aire de perfecta beatitud, se echó á reir diciendo:

—¿Parece que se come bien en la marina cuando se puede?

—¡Es verdad!—replicó Belhumain cuando tuvo la boca libre.—Pero no ocurre eso á diario; ¿verdad, Santiago?

Muy tímidamente respondí:

—¡No; á diario, no!

—No tiene usted aire de hambriento, sin embargo—repuso el pinche.

—¡Toma; pues no faltaría más que eso!—dijo Desideria.

Y como el primer apetito había pasado, comenzaron las bromas, seguidas de sonoras carcajadas.

—No hace falta comer cuando se está á bordo—dijo el mozo de cuadra,—puesto que se tiene que devolver todo.

—¡Ésa es la alegría de los peces!—dijo otro.

—Si pensáramos en lo que comen, no los comeríamos nunca—dijo una doncella haciéndose la remilgada.

—Sí—dijo el pinche;—pero piense usted en eso cuando tiene el estómago vacío.

—La verdad es que en algunas ocasiones

comería una piedras si los dientes fueran bastante fuertes.

—Habría que digerirlas—repuso el pinche; —y si las piedras se comiesen, pronto subirían de precio.

—Eso es lo cierto—dijo Belhumain.—La comida cuesta dinero porque es comida; pero yo os respondo de que los peces de la Mancha nunca han tenido noticias de lo que he comido yo.

Todos se echaron á reir, pareciéndoles Belhumain muy gracioso; y el caso es que, sabiendo que le escuchaban, no paraba un momento de hablar, á veces con la boca llena, pues no por charlar perdía bocado. En un breve silencio dijo el pinche:

—¡No se traga usted la lengua, amigo! Me recuerda usted á los pescadores de bacalao cuando vuelven de Terranova con buenas ganancias.

—Puede ser—dijo Belhumain, á quien la sidra había alegrado algo; —pero por ahora me faltan las ganancias.

Las palabras del pinche me habían extrañañado, é interrumpí el discurso de Belhumain para preguntarle:

—¿Tanto dinero se gana en la pesca del bacalao?

—¿Que si se gana?—respondió el pinche.—

En mis tiempos estuve de cocinero á bordo de un brick de Grandville durante tres años, y aseguro que es la mejor época que he tenido. No estaba tan tranquilo como aquí; pero conocí capitanes que hicieron un capitalito, aunque continuaron navegando, por la afición que tenían al oficio.

—Eso pasa á veces—añadió Belhumain;—y el patrón Robine, que es todo un marino, dice que no cambiaría su *Pervenche* por el Palacio del Elíseo (1). Verdad es que hay pocos en Isigny que se le puedan comparar.

Desideria se enorgullecía de oir hablar así de su padre, quizás también porque era Belhumain quien hablaba.

Cuando llegó el cafe, el pinche mismo lo sirvió.

Empezó la ronda por Desideria, dió la vuelta á la mesa, y habló con todos, sobre todo al llegar á las doncellas, que acabaron por llorar á fuerza de reirse.

La comida había durado poco; acabado el café, en un momento se quitó el servicio, y la mesa quedó limpia.

Desideria nos dijo que se proponía acompañarnos un rato si el patrón no se oponía, y

(1) Residencia del Presidente de la República Francesa.—(*Nota del T.*)

pronto volvió lista para el paseo, con una cofia y un delantal blanco.

—Tengo que estar de vuelta dentro de una hora—dijo;—así que no hay tiempo que perder.

Nos despedimos cordialmente del pinche, y emprendimos el camino por el muelle. Reinaba una temperatura tórrida.

Íbamos á buen paso acompañados por Desideria, la cual no hablaba más que con Belhumain, pidiéndole noticias de las hermanitas y dándole para ellas golosinas.

Tanto paquete le dió, que acabó por suplicarme que llevase yo algunos, pues tenía los bolsillos vacíos.

Me fué preciso tomar parte del cargamento, sobre todo pensando que nuestro papel de cartas estaba en su bolsillo, y no era prudente poner nada encima para que estuviese intacto y sin arrugas cuando llegara á manos de la *tía* Langlois.

Cuando llegamos al atajo por donde pasamos por la mañana, llegó el momento de separarnos.

Entonces Belhumain, tan atrevido de ordinario, empezó á buscar tímidamente algo en el bolsillo de su zamarra, y sacó un sobre arrugado, en el cual estaba clavado el pensamiento que compró por la mañana.

Lo sacó con mil precauciones, y pronto apareció en todo su esplendor. Enseñándoselo á Desideria, le dijo:

—Mira lo que he comprado para ti: si quisieras aceptarlo, te lo agradecería mucho. No vale nada; pero cuando sea rico te daré cosas de más valor.

Desideria se ruborizó hasta las orejas, y cogiendo el pensamiento se lo puso en la blusa, y miró á Belhumain con tal expresión de cariño, que yo mismo me alegré, aunque pensaba en Rosa y en el alfiler que para ella había comprado, y que tendría que enviarle en una carta, sin ver la gratitud de su mirada como en aquel momento veía la de Desideria.

—¡Estoy contenta, Belhumain; muy contenta!—dijo.

Pero aunque decía eso tenía los ojos húmedos, lo cual apenó á Belhumain.

Para consolarla un poco la abrazó dos ó tres veces; acaso más, pero no puedo precisarlas, porque para no molestarlos me había adelantado, hasta que Belhumain me llamó, persuadido, sin duda, de que no había visto nada.

—No tenemos tiempo que perder, Santiago. Viento en popa y buena marcha, que si el patrón Robine llega á bordo antes que nosotros, vamos á oirle chillar durante una eternidad.

Alargamos el paso todo lo posible mientras íbamos recordando el almuerzo, hasta que Bel-

humain, que estaba deseando hablar de Desideria, declaró que era la mejor muchacha del mundo.

—Eso pensaba yo—le dije,—y me alegro de conocerla. Se ve que te quiere mucho, Belhumain.

—¿Acaso no hemos vivido juntos en casa del patrón Robine desde el día que me alisté en *La Pervenche?*

—¿Como Rosita y yo?—interrumpí.

—Casi igual, porque yo ya era mayor cuando llegué á Grandcamp, y vosotros habéis crecido á la vez. Pero eso no impide que Desideria sea una buena muchacha y que yo la quiera mucho.

—De todos modos—dije,—es molesto estar tan cerca y no poder verse con frecuencia.

—Con más frecuencia de lo que tú crees nos vemos—dijo Belhumain con tono de suficiencia.—Basta que *La Pervenche* no salga en veinticuatro horas. Cojo mi camino, y en un momento estoy en Isigny. No está lejos; pero después de cada viaje me parece que tengo mayores ánimos para el trabajo.

Me agradaba oirle hablar así, y al mismo tiempo me entristecía, porque pensaba en Ro-a, y se me llenaban de lágrimas los ojos.

Cuando llegamos á Grandcamp el mar estaba lejos, muy lejos, y *La Pervenche,* sostenida

por las amarras, se hallaba en seco y con la quilla hundida en el fango.

Saltamos al puente Belhumain y yo, y entramos en nuestro camarote.

Coloqué sobre la mesa el papel, aquel papel que me parecía tan bonito, y me puse á escribir á la *tía* Langlois.

La redacción de la carta fué larga y penosa. No sabiendo escribir, Belhumain sólo podía ayudarme en mi difícil tarea proporcionándome ideas, y esto lo hacía con la mejor buena fe del mundo. Entonces comprendí por vez primera la necesidad de auxiliarse de las personas experimentadas.

Al cabo de mucho tiempo, cuando ya la marea balanceaba á *La Pervenche*, quedó terminada la siguiente carta.

«*Tía* Langlois:

»La presente es para decirle que estoy bien, en compañía del patrón Robine, y que me acuerdo mucho de usted, lo mismo que del *tío* Hilario y de toda la familia. Si el patrón Robine y su *Pervenche* se inscribieran en el puerto de Barfleur, sería el más feliz de los grumetes, porque la vería á usted, querida *tía*, y porque al acostarme no tendría que pensar lo que harán ustedes en casa, si el *tío* Hilario está contento y si Rosa los complace.

»En esta carta van todos mis afectos para

ella y para usted, *tía* Langlois, y espero que los acepten de corazón. Si fuera rico, los favorecería á todos. Belhumain, que me ve escribir y me sugiere muchas ideas, me dice que todo llega con el tiempo. Si pudiera, iría á Barfleur á decir á usted cuánto la quiero, como á todos los de casa.

»Adjunto va un sello, con la esperanza de que Rosa me dé noticias de todos. Le envío recuerdos del patrón Robine. No me falta nada más que ustedes, querida *tía* y *tío* Hilario. Me ha costado mucho trabajo acostumbrarme á esta ausencia, y en las horas de ocio, que son las menos, me pongo muy triste pensando en ustedes: si no hubiera tenido á Belhumain para animarme, no sé qué hubiera sido de mí en los primeros días. Pero ya estoy acostumbrado, y si Rosa me dice que no me olvidan ustedes, seré tan feliz, tan feliz, que se lo agradezco de antemano.

»De ustedes, SANTIAGO.

»P. S.—Adjunto un recuerdo para Rosa, y muchos besos para usted, querida *tía*, y para el *tío* Hilario.»

Terminada mi lectura, Belhumain opinó que estaba muy bien y que sólo faltaba copiarla.

Así lo hice, pausadamente y con mil precauciones, tardando mucho tiempo; pero la carta

resultó perfecta. Una vez terminada, la doblé, y junto con el pensamiento la metí en uno de los sobres, regalo de la tendera de Isigny.

Belhumain se encargó de llevarla al correo, y yo me quedé á bordo paseando de popa á proa, mientras el Sol se escondía en el Oeste.

Pronto volvió Belhumain: dijo que la carta estaba ya en camino; pero que por un feliz escrúpulo la había hecho pesar en el estanco, y había necesitado dos sellos.

—¡Qué suerte tener un amigo tan juicioso! Yo hubiera echado la carta en el buzón sin preocuparme de otra cosa, de suerte que la *tía* Langlois hubiera tenido que pagar el doble, ó rechazar la carta con su contenido.

—¿Y crees tú que llegará pronto?—le pregunté.

—Mañana por la mañana, de once á doce—dijo.—El correo va muy deprisa, y dicen que no se detiene nunca.

—¡Es un hermoso invento!—le dije.—Y alegra pensar que, aun estando muy lejos, se pueden mandar noticias á los seres queridos. Pero ¿qué hará el patrón Robine, que no da señal de vida, siendo la hora de la marea?

En efecto; por todas partes aparejaban las barcas y se oían los ruidos de las velas que se izaban, de amarras que crujían, voces que da-

ban órdenes, y el traginar de infinidad de marineros.

Pronto llegó el patrón con sus cuatro hombres, llevando cada uno en el brazo el traje de mar. Viendo que todo estaba preparado y que *La Pervenche* podía salir en seguida, nos dijo:

—¡Vamos; veo que sois buenos muchachos y que puede uno confiar en vosotros!

Belhumain le interrumpió para darle el encargo de Desideria y decirle que el dueño del hotel nos había convidado á comer.

Aquello le alegró, porque demostraba que no estaban descontentos de su hija en el *Racimo de Uvas*. Pero como no era de naturaleza muy expresiva, se contentó con estrechar la mano á Belhumain, y con voz sonora exclamó:

—¡Ahora de lo que se trata es de aparejar!

Los cuatro hombres embarcaron, y Belhumain saltó al muelle para largar las amarras; faena breve tras de la cual se volvió á bordo. *La Pervenche*, después de salir del canal, se lanzó á alta mar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

Estuvimos en el mar dos noches y un día, y volvimos á Grandcamp con la cala llena de pescado del mejor y de mayor precio. Mientras preparaba la comida á la tripulación sólo pensaba en la carta que había escrito á la *tía* Langlois y en la contestación que, sin duda, encontraría cuando llegase á Grandcamp.

Una vez lanzado á través de mis recuerdos, desempeñaba mi obligación maquinalmente, como por costumbre, y cuando Belhumain, ocupado en lo suyo, no podía llamarme la atención, el patrón Robine se encargaba de hacerlo, diciéndome después de darme un buen empellón:

—¿De dónde ha salido un grumete con la ca-

beza al revés como éste? ¡Vamos; más actividad, y ojo al puchero, cocinero descuidado! ¡Y, sobre todo, que no tenga que repetírtelo!

Sus amonestaciones me apenaban, y tenía que hacer grandes esfuerzos para no llorar.

Comíamos sentados en el puente, unos sobre los cables, otros en las escotillas; pero de tiempo en tiempo los marineros se levantaban para inspeccionar la red, por si había que levantarla, y cuando parecía ya muy pesada, todos ayudaban, menos yo, y los peces caían á montones en el puente, esperando que acabasen de comer para echarlos en la cala.

Así ocurría todos los días, no variando en ellos más que el tiempo. La vida era monótona, la más monótona que existe; pero tanto se acostumbra uno á ella, que luego es imposible seguir otra.

Es cierto que su uniformidad se interrumpe de cuando en cuando, que á veces llegan las tormentas y hay que dejar la pesca para pensar en la salvación del barco y de la propia vida.

Cuando volvimos á Grandcamp después de una larga ausencia y con buena pesca, me dieron una carta de Rosa; es decir, que Rosa había escrito bajo el dictado de la *tía* Langlois. He aquí lo que decía:

«Mi querido Santiago.

»Te diré qne hemos recibido tu carta, la

cual nos ha causado gran alegría, y que fué Rosa quien la leyó. Ya sabes que Rosa lee muy bien, porque el *tío* Hilario la tiene muy bien enseñada; y sabes también que no se dormiría tranquilo si ella no le leyera alguna página del periódico, que dice lo que pasa en París y en toda Francia.

»Te diré que por aquí hablamos mucho de ti, y que el señor Lepine, el capitán de carabineros, que quiere mucho al *tío* Langlois, le pregunta por ti muchas veces. Es un buen hombre, como sabes, á quien quiero mucho porque no pierde ocasión de zaherir al señor Rampán: por eso éste le odia tanto como á ti; porque el Capitán, que no se muerde la lengua, le dice todas las verdades que se le ocurren.

»El señor Rampán es un mal hombre, que quisiera ser superior á todos y de todos tiene envidia. El capitán Lepine asegura que hay muchos como él en el mundo, y el *tío* Langlois dice que tiene razón.

»Te diré que por aquí no te olvidamos y que Langlois dice que serás un buen marino, sobre todo estando con el el patrón Robine, que, según él, no tiene igual. Procura portarte bien y merecer la estimación de todo el mundo. Cuando me digan algo así, pensaré: ¡La *tía* Langlois no se equivocó; ya sabía que su Santiago había de complacerla!

»Te diré que Rosa ha recibido tu regalo con gran placer, y que está admirada de ver ese pensamiento que nunca se seca, y que se pone todos los domingos para ir á misa.

»Lo que no sabemos cómo agradecerte es el dinero que nos mandas, y que el patrón Robine nos hace llegar por conducto del síndico de pescadores. Te diré que nos viene bien, porque los tiempos son malos, y me agrada ver que mereces lo que hemos hecho por un muchacho como tú.

»Te mando un abrazo en nombre de todos, *tío* Hilario el primero, y lo que puedo decirte para terminar es que tengo muchos deseos de verte.

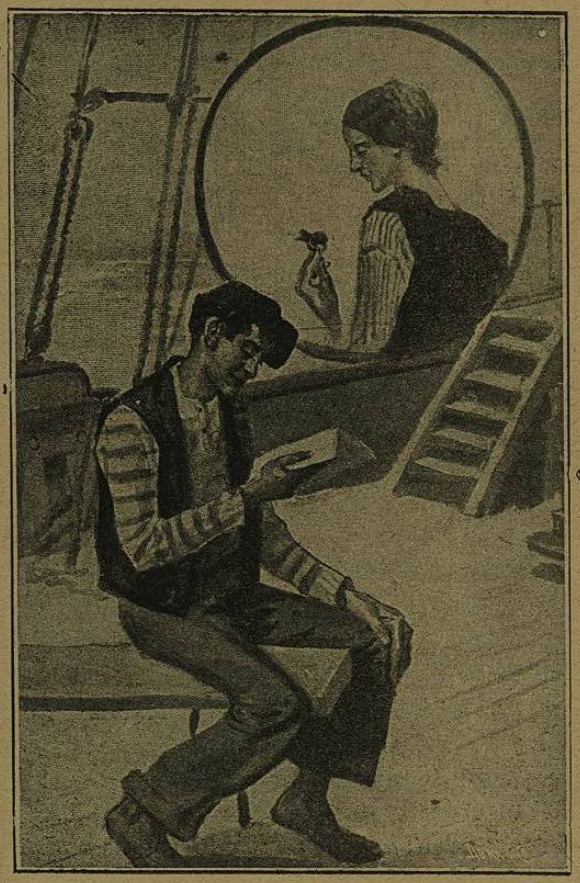
»Tu *tía*, que te quiere,

»ROSALÍA LANGLOIS.»

Aún había más; quedaba un *post-scriptum* de una letra más fina, porque no quedaba sitio, en el cual Rosa me decía:

«¡Si supieras lo contenta que estoy al ver que te acuerdas de mí, puesto que me mandas una flor! No me canso de mirarla, querido Santiago, y te la agradezco en el alma. Puedes estar seguro de que la llevaré todos los domingos, aunque no necesitaba el pensamiento para acordarme de ti.»

En cuanto estuve solo con Belhumain le en-



Aún había más; quedaba un *post-scriptum*, en el cual Rosa me decía:

señé la carta, que le maravilló. Hasta creo que le molestó que Desideria no le enviase cartas; pero no sabía escribir.

Cuando ella era niña no existía la ley de enseñanza obligatoria, y cuando se promulgó, Desideria ya no estaba en edad de asistir á la escuela.

Algunos días antes del equinoccio de primavera, en el mes de Marzo, un horrible temporal se desencadenó en la Mancha.

Estábamos en el mar, costeando por Saint-Waast-la-Horgue y las islas Marcouf, cuando sin avisar empezó á soplar un viento huracanado.

Nunca en mi vida de marino, larga ya, he visto temporal semejante, ni en Terranova, ni en los mares de China. El ciclón se desencadenaba con toda su violencia en el momento en que *La Pervenche* amarraba en Grandcamp; y mientras Belhumain y dos marineros doblaban las amarras, oí al patrón Robine que decía:

—¡Estoy seguro de que habrá desgracias!

El viento y la lluvia se mezclaban, unidos á los relámpagos y truenos: todo estaba negro; el mar y la tierra.

El faro de Gatteville estaba velado por la borrasca, y el mar hacía tal ruido, aun dentro del puerto, que era imposible hacerse oir. Cada

vez que un relámpago iluminaba el firmamento se veía hasta el confín del horizonte y el mar azotado por el viento terrible, cuyo fragor dominaba hasta el del trueno y el de las olas encrespadas.

—¿Cómo será en alta mar, cuando aquí está tan agitado?—pensaba yo.

Y de repente pensé en el *tío* Hilario. Acaso estaría fuera con tan horrible tormenta, cogido por el ciclón, destrozado por el rayo ó anegado por la lluvia.

No sé por qué, en aquel instante mi pensamiento me llevó á la playa de Barfleur. Con una precisión asombrosa vi á la *tía* Langlois enloquecida, á Rosa, siguiéndola llorando y torciéndose las manos, y alrededor de ellas, un grupo de pescadores que les decían:

—¡No se desespere usted, *tía* Langlois; la barca del patrón es fuerte, y él, un marino consumado! ¡De un momento á otro le veremos fondear en el muelle!

Pero la *tía* Langlois no oía nada; corría hacia el mar, seguida por Rosa, y las dos miraban ansiosamente, queriendo rasgar las tinieblas con la vista.

Esto lo vi con una nitidez que me sorprende aún, porque luego supe que así había ocurrido. Cuarenta y ocho horas después no se había visto al patrón Langlois. Cuando recibí la

noticia el cielo tenía un color azul purísimo, y el mar estaba tan tranquilo como el cielo y casi sin oleaje.

¿Era posible? ¿Habría yo leído bien? Sí; la carta de Rosa era breve, pero lo explicaba todo: las aprensiones, las angustias, la desgracia eran ciertas.

El *tío* Hilario se había ahogado con sus dos hijos y sus dos marineros; la barca se había perdido, cogida por las corrientes, y, probablemente, se estrelló contra los escollos. Todo eso era irreparable; pero aún había más: la *tía* Langlois, Rosa y los pequeñuelos, ¿qué iba á ser de ellos?

El patrón Robine se paseaba por el muelle con otros pescadores. Fuí á buscarle, y en cuanto le vi empecé á llamarle á voces.

—¿Qué hay? ¿Qué te ocurre? ¿Crees que soy sordo?

Sin pronunciar una palabra le enseñé la carta de Rosa.

—Hay—dije al cabo de un momento—lo que pone aquí; es decir, que probablemente el *tío* Hilario no está en este mundo.

—¿Qué me cuentas? ¿Langlois ha muerto? ¡Vamos; explícate!

—No sé más, patrón; no dice más la carta.

La leyó, y al cabo de unos instantes me la devolvió.

Estaba lívido y descompuesto. Al verme así me afligí más aún. Quiso ocultarlo delante de los demás, y dijo:

—Después de todo, ¿no estamos todos expuestos á lo mismo?

En seguida se alejó, haciéndome seña de que le siguiera. Noté que andaba cabizbajo y como preocupado. Al fin se detuvo.

—Vas á marcharte en seguida, Santiago—me dijo:—vete á Blarfleur por lo más corto; en ferrocarril hasta Cherburgo, y desde allí, como quieras. Belhumain te acompañará hasta Isigny, y volverás si quieres; pero será mejor que decidas otra cosa. De todos mdos, te pagaré tu salario hasta hoy, y algún suplemento que entregarás á la señora Langlois, rogándole que lo acepte en mi nombre. Eres casi un hombre, fuerte y robusto, y ahora no se trata de ganar tu pan, sino el de todos los que Langlois deja desamparados. Espero que no lo olvidarás.

—¿Olvidarlo, patrón? ¿Olvidarlo, cuando son ellos los que me salvaron y me educaron?

—Bueno—repuso;—no haces más que cumpli con tu deber. Vas, pues, á Barfleur, y una vez allí me enviarás noticias. ¡Cuento contigo!

—¡Cuente usted, patrón; pero soy muy desgraciado!

Una cosa me apenaba, y era separarme de Belhumain, momentáneamente al menos, por-

que nada me hacía presumir que no volvería á ocupar mi puesto á bordo de *La Pervenche*.

Pero sobre todo esto pesaba en mi imaginación el siniestro de Blarfleur; veía á la *tía* Langlois presa de todas las angustias de una madre que no sabe cómo dar de comer á sus hijos.

Al día siguiente Belhumain me acompañó, y en la conversación que tuvimos hasta llegar á Isigny me demostró toda la bondad de su corazón.

—¿Qué quieres? ¡Así es la vida! ¡Hoy, tranquilidad; mañana, desgracias! Los viejos se van; pero nosotros quedamos para sustituirlos. Me consuelo pensando que has de volver.

—Oye, Belhumain—le dije:—no tengo más amigo que tú en el mundo, y espero que nuestra amistad será eterna. Pero allá están la *tía* Langlois, Rosa y cinco pequeños sin recursos, porque no había economías en casa, y se me ocurre que el pinche del hotel de Isigny acaso tenga razón; que la pesca del bacalao en los bancos de Terranova quizás fuera una solución para mí; es decir, un medio de ganar más dinero para ayudar á la *tía* Langlois.

—¡Ya veremos!—dijo—Belhumain.—Una recomendación siempre es útil, ó por lo menos no perjudica.

Descansamos en el hotel del *Racimo de Uvas*, donde Belhumain puso pronto á todo el mundo al corriente de mi asunto, y el pinche escribió inmediatamente una larga carta para su amigo el comandante del *Capricho*, de Granville. Siempre era algo, contando con que, según me dijo, entonces era la mejor ocasión para alistarse para el año próximo, pues en el presente ya debían de estar completas todas las tripulaciones.

Tomé la carta del servicial pinche, y me la guardé en el bolsillo de mi zamarra, después de expresarle vivo agradecimiento, y despidiéndome de Desideria me encamiué hacia el ómnibus que hacía el recorrido entre Isigny y la casa de postas, distante cinco kilómetros.

Belhumain me siguió hasta el coche, diciéndome:

—¿Cuándo nos veremos, Santiago?

Sacó del bolsillo un paquete muy bien atado, y poniéndomelo entre las manos,

—Es de Desideria—dijo:—ya sabes que tiene buen corazón. Hay dentro un salchichón entero, jamón y un buen pedazo de morcilla.

El postillón se impacientaba y los viajeros protestaban.

—¡Vamos, embarca!—dijo Belhumain.—¡Y sobre todo, no tardes en mandarnos noticias!

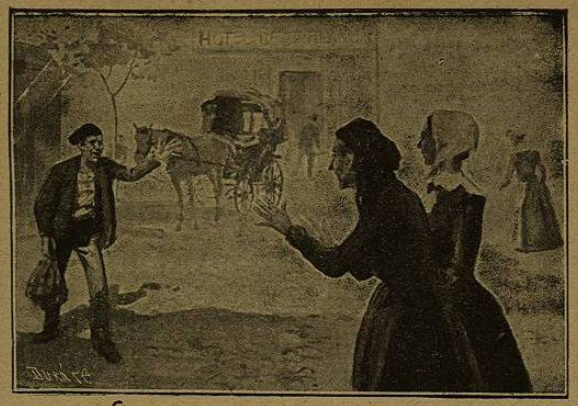
En un abrir y cerrar de ojos me instalé al lado del conductor, porque todos los demás sitios estaban ocupados. El mayoral arreó á los

caballos, que arrancaron á buen paso, mientras Belhumain y Desideria me hacían saludos de despedida.

Llegamos á la estación en el momento preciso en que llegaba el tren que había de conducirme á Cherburgo.

Tomé mi billete en el despacho, y me acomodé en un vagón de tercera. Silbó la locomotora, partió el tren, y—¡lo que es la costumbre! —me hallaba menos seguro en el vagón que á bordo de *La Pervenche*.

Ansiaba llegar á Cherburgo, donde, según lo dicho por el patrón Robine, debía tomar la diligencia para Saint-Pierre-Eglise y Barfleur.



IX

Cuando divisé desde el coche el campanario de la iglesia de Barfleur, sentí una emoción inexplicable.

Fué lo primero que vi destacándose en el cielo azul de primavera.

Después fueron apareciendo á la derecha las casas del puerto, y pronto reconocí la del *tío* Hilario junto á los arenales.

Una espiral de humo azulado salía de la chimenea, extendiéndose por la atmósfera.

Cuanto más nos aproximábamos á Barfleur, mejor se dibujaba la casa del patrón Langlois tal como yo la había visto durante tanto tiempo, con su tejado de bálago y los rosales de